



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10805

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 11 DE MARZO DE 1888

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO FÉREZ LORBE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria

AVISO

Del 15 al 20 del corriente mes saldrá para Málaga el conocido y afamado

DENTISTA ITALIANO

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI,

y estará ausente hasta la feria, en cuya época regresará para atender á su numerosa y distinguida clientela.

Consulta permanente.

Calle Honda, 11, principal.

¿EN QUÉ PARARÁ?

La prensa europea presta especialísima atención á la cuestión internacional planteada entre España y los Estados Unidos.

En todas partes se estudia este problema y en todas se pronuncia el mismo fallo. España ha hecho lo posible para acabar la guerra de Cuba y lo está haciendo; España ha obrado con prudencia en todo, con sobrada prudencia, que no han sabido apreciar en lo que vale los vocingleros senadores de Nueva York ni el gobierno de la Unión Americana.

Desde el principio de la campaña de Cuba se está dando un fenómeno que para nadie ha pasado

desapercibido: España ha demostrado que no teme la guerra ni la desea; los Estados Unidos han protestado en distintas ocasiones de que no la quieren, pero en todo instante y con cualquier motivo han obrado del mismo modo que si la quisieran.

Se le antojo que la guerra tomaba aspecto cruel y se erigió en paladín de la humanidad. Dio el gobierno español la autonomía para acabar más pronto la guerra, y en vez de aplaudir para ponerse al unísono con sus anteriores manifestaciones, envió la escuadra cerca de Cuba sabiendo que tal vez había de engreír á los rebeldes.

La opinión jingoista se desata contra nosotros y excita á McKinley para que adopte ciertos temperamentos de energía; y mientras el presidente declara que no cederá al influjo de los patriotas, se hace votar millonadas de duros para comprar cañones y buques de guerra.

—Si España quiere la guerra que la declare—dicen en Washington; y obrando solapadamente, como siempre, mortifican cuanto pueden para que surja el rompimiento.

Tal proceder no es noble ni puede ser amparado por ninguna conciencia honrada. Ser el más fuerte y rico y obrar con el más débil y pobre de esa manera hipócrita, para hacerlo aparecer como perturbador de la paz, es tarea que les parece ingeniosa á los yankees. Buen provecho les haga. Tan ingeniosa es y tan noble que alguna parte de la prensa europea la califica de piratería internacional.

Lo que falta saber es si están dispuestas las naciones á tolerar el fin que trae aparejado esa labor, que no es otro que apoderarse de Cuba, cuando por causa de la lucha que sostenemos contra los rebeldes no nos quede una pe-

sela en la caja ni una gota de sangre en las venas. En tal caso, ya lo ha dicho un periódico militar: «cuando se pelea con enemigo superior por su fuerza no hay que pedir al débil que sea correcto en la lucha.»

GLORIAS NACIONALES

Episodio de la guerra de la Independencia.

11 de Marzo de 1813.

El hecho que hoy conmemoramos fué uno de los muchos actos de audacia y de valor temerario, que el odio al intruso y el cariño á la santa independencia de nuestra patria, hicieron realizar á nuestros abuelos, á los hombres todo acero y amor patrio, que con su sangre escribieron las más preciadas é impercederas páginas de la historia de la edad moderna.

Un sargento 1.º de la división del general Mina, llamado Fermín de Lequía, en aquel constante batallar de la imaginación á que se entregaban todos los españoles, para buscar medios de destruir al que á traición se había posesionado de España, concibió el audaz proyecto de sorprender el castillo de Fuenterrabia.

Para llevar á efecto su pensamiento lo comunicó á quince soldados que él creyó aptos para tal empresa, y por haberse todos ofrecido á secundar sus proyectos y órdenes, al atardecer del día 11 de Marzo de 1813 salió de Vera con sus quince hombres.

A las 11 de la noche llegaron á las cercanías del punto donde habían de poner en práctica tan atrevidos proyectos, y sin ser vistos, gracias á la obscuridad que envolvía el fuerte y sus alrededores, Lequía y un soldado lo escalaron, sorprendiendo y desarmando al centinela.

Franquearon la puerta á los demás soldados, y entre todos hicieron prisionera á la guardia de prevención. Con el sigilo y la rapidez que á sus planes convenía el intrépido sargento clavó todos los cañones de la fortaleza, en tanto que sus soldados arrojaban al mar las municiones gruesas y gran can-

alidad de pólvora, terminando por retirarse con la bandera del fuerte y con algunas armas y pólvora, no sin antes haber incendiado el castillo.

Cuando la guarnición de la fortaleza se apercebía de lo ocurrido, ya aquel puñado de valientes se hallaba á bastante distancia, tal fué la presteza y el silencio con que llevaron á cabo empresa tan temeraria.

César.

(Prohibida la reproducción.)

Crónica Madrileña

Los preocupados.—La obsesión del día.—Peligros á evitar.—El pan.—Indiferentismo añejo.—Vuelta al invierno.

La gente política, la que tiene en el resultado de las próximas elecciones algo que es esencial á su vida, no se ocupa de otra cosa ni le preocupan otros asuntos que los preparativos para la lucha en los comicios.

Hablar de otra cosa, con el propósito que nos presta atención y se entere de lo que decimos, es tanto como pretender que el casero nos perdone los alquileres del cuarto, ó que las suegras sean todo cariño y bondad para sus hijos políticos. Pero vayamos á las tertulias de mesa de café. Á ciertos corros de la Puerta del Sol y á los concilios de las comadres, y, ¡oh fortuna!, ni por por casualidad veremos en labios de los oradores las palabras candidatas y elecciones.

Mas no por eso crean nuestros lectores que á esta otra clase de gentes le falta su obsesión; no, de ninguna manera. Tienen también su correspondiente pesadilla, acaso más peligrosa y temible que la de los políticos.

Ayer fué Villuendas; hoy Hilla; mañana... otro cualquiera, á quien la señera de las pasiones que atrofian la razón y llevan por caminos extraviados al individuo, le empuje á la comisión de hechos que están en pugna con los modernos tiempos.

Que la clase obrera atraviesa la crisis que todos los años por esta época le azota; que los tahoneros dan el pan faltar de peso y que lo cobran á precio excesivamente elevado; que de Castilla y de otras regiones llegan á Madrid

entrístecen y llenan de preocupaciones el cerebro, por que son ecos de plañideros gritos, dados por seres que perecen de hambre... ¡y qué!

Tengan esas gentes asuntos como los proporcionados por los Villuendas y los Hillas, para pasar día y noche haciendo cábalas y comentarios, y sin cuidado les tiene que haya hambre y miseria en toda España.

Y si sus cábalas, comentarios y opiniones no trascendieran; si la atmósfera que forman no se espaciara, para envenenar con sus malsanos miasmas lo que necesita vivir en atmósferas limpias, de lo que embota y roba lucideces al cerebro, sin cuidado tendría á la sociedad esos extravíos de los que inconscientemente hacen del criminal un ser justiciero y redentor, y del crimen un medio de regenerar lo que está corrompido.

La absolución que á Villuendas concedió un jurado, sin duda alguna, dominado por la opinión pública; que decía que el reo obró con justicia al disparar cinco tiros sobre el doctor Moreno Pozo, es innegable, fué un aviso, un alerta, para que se tomen precauciones contra esas peligrosas corrientes de la opinión; si se quieren evitar males que serán vergüenza y baldón de la sociedad.

Las corrientes de simpatía con que á Villuendas se pretendió purificar de su crimen, hanse iniciado ya por Hilla, y debido á ellas hoy se le tiene por una víctima de gentes influyentes, que debido á su poder han conseguido que jueces y letrados se burlen de él, sancionando el despojo contra el que la víctima siempre ha clamado.

La opinión pública suele acertar; pero suele también equivocarse sobre todo, cuando en el asunto en que interviene hay factores cuya posición social dista mucho de hallarse á un mismo nivel; por que en este caso siempre, ó casi siempre, hay parcialidad, aunque inconscientemente.

Al ver la indiferencia que por la cuestión del pan muestra el vecindario, cualquiera diría no era el verdadero, el único á quien importa tenga la solución que es razonable.

El conde de Romanones y sus compañeros de administración son los únicos vecinos de Madrid, amén de los ta-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 573

CARLOS II EL HECHIZADO

572

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 569

mio severo de la corte de doña Mariana, y por consiguiente tampoco tenía el honor de haber sido llamado para que asistiera á la recepción de Enriqueta.

Don Fernando se dirigió al joven, el cual se detuvo en medio del salón.

—¿Me buscábais, caballero? dijo con la altivez que le convenia adoptar en ciertos casos.

Santisteban conoció que la pregunta era bastante impertinente, y aunque sabía que estaba hablando con el padre de su amada no titubeó en contestar.

—Si sois el señor don Fernando Ponzoa, comendador de la orden de Santiago, os diré que sí.

—¿En qué puedo complaceros, caballero?

—Tenia que hablar con vos.

—Mucho siento no poder daros gusto. Reunidos para una ceremonia de familia, debo partir en este momento con estos señores que me están esperando.

Santisteban desplegó una terrible sonrisa y contestó:

—Afortunadamente venia á eso mismo.

—¿Como? ¿estais convidado? preguntó el comendador, mientras su pobre hija temblaba en el sofá.

Los convidados volvieron la cabeza; el comendador miró con afán; la dueña echaba en su interior mil piropos al ilustre caballero á quien debía la vida y Enriqueta, próxima á desmayarse, apenas tuvo valor para dirigir una rápida ojeada hacia donde iba á presentarse su amante.

En breve quedó satisfecha la curiosidad general.

El conde de Santisteban se dejó ver en el gran salón de don Fernando, sin insolencia y sin timidez. Un gracioso y elegante traje de capitán ceñía su elegante cuerpo: sus botas cubiertas en el extremo superior por anchos encajes, caían rizadas hasta el pie, en cuyo talon brillaban grandes espuelas de plata sobredorada: su castor se hallaba cubierto de hermosas plumas, y la gorguera que rodeaba su cuello era de un encaje de Flandes, importado por él mismo.

En cuanto á su expresiva y hermosa fisonomía, cabeza arrogante y cabellera artísticamente peinada, nada dejó que desear, como tampoco la mezoleta medio profana de las modas francesas y españolas que se observaban en su traje.

El comendador y sus convidados se convencieron, de que si bien le habían visto alguna vez, unos en palacio y otros en la calle, no pertenecía al gre-

—¡Padre mío! articuló Enriqueta.

—¡Oh! no seamos exagerados; yo iré á verte todos los días.

Don Fernando volvió á revestirse de su carácter severo; enjugó dos gruesas lágrimas que habían corrido por sus mejillas, y ya iba á separarse del lado de su hija, para no ceder á un nuevo enternecimiento, cuando un mayordomo anunció á los convidados.

Eran las diez de la mañana. Mientras el comendador salía á recibir los nobles caballeros que le iban á favorecer en la recepción de su hija, esta sintió el repique de las campanas del Sacramento, que anunciaban la terrible ceremonia. Enriqueta quedó anonadada. Acordóse del conde de Santisteban como la única esperanza que le quedaba en el mundo; esto no venia cual le había prometido aquella noche, y una hora de retraso era para ella la pérdida de todas sus dichas y esperanzas.

La dueña vino á colocarse á su lado cubierta de su gran toca negra y de su mejor traje del mismo color.

—¿No ha parecido? preguntó esta por lo bajo á su educanda.

—No.

—Animo, hija mía, ánimo. El conde es el único